

cuadernos

**LEÓN TOLSTOI,
UN PROFETA POLÍTICO
Y EVANGÉLICO**



183

Antoni Blanch, sj.

LEÓN TOLSTOI, UN PROFETA POLÍTICO Y EVANGÉLICO

Antoni Blanch, sj.

¡NOVEDAD!
Descarga
de nuestra web
el **cuaderno** para tu
lector **digital** (formato ePub)

INTRODUCCIÓN	3
1. SITUACIÓN SOCIO-POLÍTICA DE RUSIA, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX	5
2. EL PENSAMIENTO REFORMISTA EN LA RUSIA PRE-REVOLUCIONARIA	7
3. EL PENSAMIENTO DE TOLSTOI ANTES DE SU CONVERSIÓN	9
4. LA VIDA NUEVA DE UN CONVERSO	12
5. UN OFICIAL DEL ZAR QUE REPUDIA LA GUERRA	15
6. UN SOCIALISTA UTÓPICO Y POPULISTA	18
7. TOLSTOI, EL PROFETA	22
8. UN PROFETISMO MORAL, POLÍTICO Y EVANGÉLICO	24
DOS TEXTOS SIGNIFICATIVOS DE LEÓN TOLSTOI	28
NOTAS	30
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN	31

Antoni Blanch, sj., es profesor emérito de Literatura Comparada de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Sus dos obras más recientes son *El hombre imaginario: una antropología literaria* (1995) y *El espíritu de la letra. Acercamiento creyente en la Literatura* (2002). También ha escrito *Nostalgia de una Justicia Mayor* (Cristianisme i Justícia, Cuaderno 132). Es miembro del equipo de Cristianisme i Justícia.

Edita Cristianisme i Justícia, Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Imprime: Edicions Rondas S.L. - Depósito Legal: B-4.054-13
ISBN: 978-84-9730-308-8 - ISSN: 2014-6509 - ISSN (ed. virtual): 2014-6574
Dibujo de la portada: Roger Torres - Impreso en papel y cartulina ecológicos
Marzo 2013

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Solo se usan para la gestión del servicio que os ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

INTRODUCCIÓN

El gran escritor ruso que fue León Tolstoi (1828-1910) es hoy universalmente conocido por sus dos monumentales novelas *Guerra y Paz* (1869) y *Ana Karenina* (1878), creadas por él antes de cumplir los 50 años. En cambio, apenas si se conoce su obra posterior, también muy importante, integrada por más de cien ensayos y algunas novelas cortas; todo ello publicado por él, a partir de 1878 y hasta el final de una larga vida de ochenta y dos años, con una orientación notablemente distinta a la de su obra literaria anterior.

Nos interesa ahora comprender cómo y en qué sentido se verificó este gran cambio y con qué consecuencias. Para ello habrá que ahondar, en primer lugar, en el sentido de la gran crisis personal que Tolstoi sufrió, precisamente en el momento más alto de su éxito literario. ¿Por qué y cómo le vino una tan dramática depresión mental y moral, que le hundió en un tan oscuro sinsentido nihilista? Afortunadamente, la crisis no duró mucho tiempo y pronto pudo recuperarse y transformarse en lo que puede llamarse «un hombre nuevo». Una vida radicalmente renovada que, a

grandes rasgos ya podemos caracterizar –anticipando las explicaciones de este estudio– como la de un espíritu apasionado por mejorar la situación injusta de los trabajadores y campesinos rusos, rebelándose contra los poderes reales que la causaban; mientras se sentía por primera vez especialmente inspirado por la súbita aparición en su conciencia de la persona de Jesús y de las revolucionarias sentencias de su Evangelio. Ambos factores, la rebeldía del revolucionario social y su profetismo evangélico, convergían con tal vigor en su genial talento de escritor y de pedagogo, que bien

puede aplicarse a ese Tolstoi radicalmente renovado el título de «profeta social y evangélico».

En efecto, cuando se leen algunos de este centenar de ensayos y artículos de prensa, publicados por Tolstoi desde entonces, el lector se encuentra con un autor muy distinto del anterior artista, el magnífico pintor que fuera de las grandes guerras napoleónicas en Rusia y de las costumbres superfluas de la aristocracia zarista, a la que él mismo pertenecía. Ahora, en cambio, en esta segunda fase de su vida, se ha convertido en un autor didáctico y polémico, expresando una intensa ansia de reformador social y político. Y mucho más inclinado a actuar, implicándose en proyectos concretos de educación de los campesinos analfabetos y de instalación de centros sanitarios en los vastos territorios de su propiedad. Se pondrá también a estudiar con renovado interés los modernos reformadores sociales europeos, así como a los pocos pensadores rusos del momento, exiliados en su mayoría por sus ideas revolucionarias.

Se rodeará de gente de izquierda, y organizará movimientos populares en esta misma dirección reformista. Y lo que resulta todavía más sorprendente en esta evolución de Tolstoi es que todo lo que hace y escribe, desde entonces, está siempre muy profundamente inspirado por algunas de las más valientes propuestas del Jesús de los Evangelios, que él mismo traducirá directamente del griego al ruso, para difundirlos al gran público, movido por una sorprendente vocación profética.

Al pretender ahora recuperar aquí lo esencial de este nuevo magisterio tolstoyano, en un momento cultural y político, como el de hoy aquí en España y en Europa, en que parece dominar la mediocridad de miras y el individualismo anti-solidario, pienso que la figura de ese Tolstoi, más revolucionario y espiritual, podría también servir de estímulo a las actuales generaciones de ciudadanos perplejos, indignados y rebeldes, al lado de otros grandes maestros morales, por desgracia hoy muy escasos.

1. SITUACIÓN SOCIO-POLÍTICA DE RUSIA, EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Bajo el régimen despótico de los zares, la sociedad rusa vivía todavía en unas condiciones casi feudales, por la escandalosa distancia que se mantenía entre la aristocracia y la reducida clase acomodada de terratenientes y comerciantes, por un lado, y la enorme masa de trabajadores y campesinos, por otro. No olvidemos que estos trabajadores del campo (*mujiks*) todavía eran siervos de la gleba, legalmente hasta 1861, pero de hecho hasta la revolución de 1917.

1.1. Una situación social insostenible

Tampoco Rusia se había desarrollado industrialmente de forma general y por ello no había podido realizarse allí la necesaria revolución burguesa, tal como se había dado en Occidente desde fines del siglo XVIII. Las clases medias rusas, formadas por profesionales, eran también muy escasas y apenas se encontraban agrupadas en algunas de las grandes ciudades del país. Peor aún, esta tan asimétrica situación social, de naturaleza muy injusta, se empeoraba todavía más por las múltiples guerras, que em-

prendían los zares, en defensa de sus fronteras o para conquistar nuevos territorios.

Después de la larga y paciente victoria de Rusia sobre Napoleón (1812), que dejó el país en un calamitoso estado de miseria, el militarismo ruso será humillado en otras dos intervenciones bélicas, contra los turcos en Crimea (1858) –en la que participó León Tolstoi, junto a su hermano Nicolás– y la derrota naval contra el lejano Japón (1905). Una situación socio-política tan precaria y desastrosa para el pueblo, se agravaba todavía por las cada vez más frecuentes

manifestaciones de resistencia al régimen, que la policía se cuidaba de reprimir drásticamente.

La primera rebelión pública de gran resonancia fue la de los «decembristas» de 1825 en San Petersburgo, en la que participaron por primera vez algunos nobles, pero que fue rápidamente sofocada por el Zar, exhibiendo a los pocos días en la plaza pública la ejecución de sus principales cabecillas. Si bien, lejos de terminar con ellos, cada vez se formaban más grupos clandestinos, estimulados además por la fugaz segunda revolución francesa de 1848 (el mismo año en que aparecía en Inglaterra el «Manifiesto comunista» de Marx y Engels) y animada, años más tarde, por la expulsión del segundo emperador francés, Napoleón III, seguida por la muy sintomática revolución callejera de París («la Comuna») en 1871. Por cierto, que en esta segunda derrota del tercer Napoleón había intervenido muy eficazmente el Zar con su poderoso ejército ruso.

Pues bien, todos estos movimientos políticos se vivían en Rusia con especial interés no sólo entre los políticos sino también por los intelectuales, en la universidad o en los círculos literarios de escritores, que se atrevían a expresar sus inquietudes o esperanzas, según fueran más conservadores (es decir nacionalistas, eslavófilos y cristianos ortodoxos) o más progresistas (reclamando más libertades cívicas, según el modelo de las democracias republicanas de Occidente). Existía además un tercer sector minoritario, pero más revolucionario, anárquico y nihilista, con sus comandos terroristas, que cometían atentados y llegaron en 1881 a asesinar al zar Alejandro II.

1.2. La desazón de un espíritu sensible y lúcido

Por lo hasta aquí resumido, ya se puede imaginar la desazón que experimentaría un espíritu tan sensible y lúcido como el de León Tolstoi, ante tanto abuso del poder y tantas desgracias del pueblo. Es cierto que él, todavía muy joven, había participado como oficial en alguna de estas guerras; pero tanto le afectó la crueldad de aquella monstruosa violencia, que ahora en su madurez se había consolidado en él una muy firme voluntad pacifista. Además, cada vez estaba más preocupado por aliviar la terrible injusticia que pesaba sobre la vida de tantos millones de pobres trabajadores rusos. Y precisamente ahora, ya superada la profunda crisis personal, se sentía del todo decidido a entregar su vida por esta gran causa política, en dos direcciones: contra la violencia física y contra la injusticia social.

Por suerte, no hay que esforzarse mucho para hallar datos que confirmen estos nuevos planteamientos vitales. En uno de sus libros más interesantes de este período, *Mi confesión* (1882), él mismo nos permitirá conocer de primera mano el itinerario personal en que se fue gestando esa vocación tan altruista y trascendente. A esta confesión acudiremos en seguida; pero antes conviene todavía completar algunos datos más, resumiendo el panorama intelectual de carácter reformista y aun revolucionario, que ilustraba a los pensadores y escritores rusos de aquel momento, disidentes de la doctrina oficial, entre los que ciertamente se encontraba el propio León Tolstoi.

2. EL PENSAMIENTO REFORMISTA EN LA RUSIA PRE-REVOLUCIONARIA

Entre los autores ilustrados europeos que más se leían por entonces en Rusia, cabe destacar a Rousseau, Diderot, Kant y Hegel, todos ellos proponiendo, muy racionalmente pero también con un espíritu bastante utópico, nuevas formas de vida en común para la humanidad, modelos de sociedad en los que predominarían la libertad y la solidaridad, y por ello frontalmente opuestos a toda tiranía política de régimen feudal.

2.1. Los intelectuales que influyeron en Tolstoi

Entre los intelectuales rusos (en el exilio o en la clandestinidad) que más influyeron en Tolstoi, recordemos a Visárrion Bielinski, socialista de la izquierda hegeliana y maestro moral, que promovía desde Londres, la crítica activa contra el sistema. Otro de los pensadores, también exiliado y tal vez el más influyente de todos, fue Alexander Herzen, mucho más liberal y anti-hegeliano, socialista utópico muy crítico ante la burguesía occidental. Él promovía cambios radicales y con urgencia, pero realizados siempre con moderación y respetando los valores más genuinos del

pueblo ruso. Su influencia en el “populismo” de Nicolás Chernichevski es evidente, aunque éste último inculcará a sus seguidores, como prioritario, el valor de la compasión religiosa. Pues bien, estos tres autores eran los que Tolstoi leía con gran interés e influirán mucho en su pensamiento.

De corte mucho más revolucionario, conviene citar todavía a los autores del anarquismo ruso Bakunin y Kropotkin, discípulos del francés Proudhon en sus propuestas más radicalmente ácratas y libertarias. Y entre sus seguidores rusos más extremistas, recordemos sólo los nombres de los nihilistas y terroristas Nekrásov, Pisárev y Ne-

txáiev, que serán acertadamente calificados de “demonios” por Dostoievski, en su novela *Los Poseídos* (1871). Por cierto que tanto el terrorismo como sobre todo el pensamiento nihilista estuvieron ya muy vivos en muchos jóvenes rusos progresistas, desde las décadas de 1830 y 1840 bajo el terrible reinado de Nicolás I. Desde su frustrada manera de vivir la imposible libertad romántica, aquellos jóvenes se abandonaron al sinsentido de la existencia, renegando de los valores tradicionales y acabando en el suicidio o en el crimen terrorista.

2.2. Una literatura comprometida

Y es interesante añadir que todos estos tipos ideológicos fueron reproducidos, como caracteres literarios, en algunas novelas y obras dramáticas de los grandes autores rusos de la época.

Después de los primeros escritores «realistas sociales» que habían narrado

con crudeza la miseria de los pobres, con el fin de suscitar la compasión, como fue el caso, en los años 1840, de Nicolás Gógol en sus famosas narraciones *Almas muertas* o *El capote*, la generación siguiente (décadas 1860-1870), más conscientes de la trágica situación que se vivía en Rusia, crearon obras también de gran valor, que reproducían con fuerza la angustia de algunos personajes y la dramática tensión con que se oponían al sistema social establecido. Recordemos, en este sentido, sólo a tres grandes autores contemporáneos de Tolstoi: Iván Turguénev, con su *Padres e hijos* (1862), Fiodor Dostoievski con *Memorias del subsuelo* (1864) además de *Los poseídos* (1871), y Antón Chéjov, con *El tío Vania* (1902), por ejemplo. Hasta llegar al fin de siglo con el establecimiento oficial marxista del «realismo socialista», representado por Maxim Gorki en obras como *La madre* (1902) y *Bajos fondos* (1917).

3. EL PENSAMIENTO DE TOLSTOI ANTES DE SU CONVERSIÓN

Como ya dije, para recuperar los principales datos de esta notable evolución de Tolstoi, van a servirnos en primer lugar sus otros textos autobiográficos. Sin embargo, antes de acudir a su *Confesión*, redactada después de su gran crisis, vamos a asomarnos al diario personal que el joven Tolstoi comenzó a los siete años (!) y fue manteniendo durante toda su vida.

3.1. La sensibilidad de un huérfano

En los primeros capítulos de este diario, que será publicado años después (en 1852) con el título de *Infancia, adolescencia y juventud*, ya puede intuirse al futuro gran escritor, en la forma muy precisa de contar aquellas sus primeras experiencias y reflexiones. Llama la atención, por ejemplo, la honda perturbación que experimenta este niño al confrontarse con el desgarrón afectivo que supuso para él la temprana pérdida de su madre y de su padre. Desde aquellos primeros años el fantasma de la muerte no dejará de rondar su mente,

como una amenaza que le asusta y le provoca la angustia del absurdo de la existencia.

También por entonces comenzó a experimentar el joven Tolstoi una profunda pena por la forma como, en aquellas familias aristocráticas, los amos trataban a los servidores, imponiéndoles a veces humillantes castigos corporales.

Destaca en esta autobiografía el modo como va despertándose en él la conciencia de ser engañado por sus maestros y aun por los sacerdotes que pretenden instruirle. Ya está en germen el inconformista y el rebelde que será durante toda su vida.

Finalmente, es también muy notable la avidez de lectura que Tolstoi manifiesta en edad tan temprana, devorando los grandes autores rusos pero también los europeos, como Homero, Dickens, Dumas o Stendhal, y por encima de todos ellos su adorado Rousseau, de quien leerá en francés los 24 volúmenes de sus obras. En adelante este filósofo ilustrado será el que más va a influir en su pensamiento, tanto por su forma de entender el amor, o por sus métodos de educar a la juventud, como por sus objetivos más universales de confiar plenamente en la Naturaleza y de promover la deseada igualdad de todos los humanos.

3.2. Guerra...

A los dieciocho años, pues, nuestro autor parece ya bien equipado para enfrentarse con la vida, aunque no acertará a controlar sus pasiones, y experimentará durante algunos años todo tipo de desórdenes morales y desmadres violentos, hasta que oportunamente se refugiará en el ejército del Cáucaso, sometiéndose a una rigurosa disciplina.

Pronto estallará, sin embargo, la guerra contra los turcos y esta nueva terrible experiencia de violencia mortífera de hombres contra hombres, le producirá tal repugnancia que le hará abandonar la milicia y le convertirá en uno de los adalides de la no-violencia y en uno de los opositores más firmes al servicio militar obligatorio. Por lo que luego diré, es oportuno recordar que, en todos estos años de fogosa juventud y desde que frecuentó la universidad de Kazán, Tolstoi había abandonado sus creencias

religiosas ortodoxas. Como él mismo escribe, le gustaba leer a Voltaire y sus bromas contra la Iglesia.

3.3. ...y paz

Por fortuna, a todas estas alborotadas vivencias seguirán unos años de tranquilidad y de felicidad personal, al haberse instalado en la placidez de su finca de Yásnaya Poliana, lejos de Moscú, después de haberse casado con la joven princesa Sofía Bers, con la que emprenderán, juntos e ilusionados, la creación y educación de una gran familia. También es por entonces cuando León Tolstoi podrá realizar su proyecto de escribir las dos ya citadas grandes novelas, que le procurarán una merecida fama universal. Largos años de estudio y de intenso trabajo creativo, en los que este genial escritor, ayudado por su esposa, pudo ver realizado su sueño literario, sin dejar por ello de participar en la educación de sus hijos y de ir conociendo en directo la situación real de los campesinos que trabajaban y padecían en sus tierras.

3.4. La conversión

En los primeros capítulos del ya mencionado libro *Mi confesión*, volverá el autor, quince años más tarde, a evocar estas dos fases de su itinerario personal, muy cambiado ahora, después de haber padecido aquella terrible crisis existencial, su desesperada «bajada a los infiernos», y de haber salido de ella transformado en un hombre nuevo. Es precisamente esa conversión, de carácter también claramente religioso, la que

le moverá a escribir la confesión retrospectiva que ahora voy a comentar.

Aciertan algunos antropólogos culturales cuando enseñan que los héroes de mitos y leyendas antiguos no llegan a alcanzar su pleno protagonismo hasta que no han pasado antes por una terrible prueba personal. Salvando las distancias, éste parece haber sido el caso de León Tolstoi, antes de entrar en esta nueva fase de héroe rebelde. Un acontecimiento ciertamente muy oscuro y complejo, que ahora no es posible explicar en detalle. Aunque, para dar alguna idea de ello, recojo a continuación la síntesis que hace el propio héroe, resumidas por su amigo, Romain Rolland, en la biografía que le dedicó al año de su muerte.¹

«Yo tenía cincuenta años, amaba y era amado, tenía buenos hijos y gran hacienda, la gloria, la salud, el vigor físico y moral; era capaz de segar como un aldeano; trabajaba diez horas sin fatigarme. Bruscamente mi vida se paró. Podía respirar, comer, beber, dormir. Pero no vivía. No tenía ya deseos. Sabía que nada había que desear, ni siquiera el conocimiento de la verdad; la verdad era que la vida era una insensatez. Había llegado al abismo y veía cla-

ramente que delante de mí no había nada más que la muerte. Yo, hombre fuerte y feliz, sentía que ya no podía vivir. Una fuerza invencible me arrastraba a despojarme de la vida [...] Yo no diré que quería matarme. La fuerza que me arrastraba más allá de la vida era más poderosa que yo; era una aspiración semejante a mi antigua aspiración a la vida, solamente que en sentido inverso. Debía emplear la astucia conmigo para no ceder demasiado pronto a ello. Y he aquí que el yo, hombre feliz, me escondía a mí mismo la cuerda, para no colgarme de una viga, entre los armarios de mi habitación, en la que todas las noches me quedaba solo para desvestirme. [...] Me parecía que mi vida era una farsa estúpida que me era representada por alguien. ¡Cuarenta años de trabajo, de penas, de progreso, para ver que no hay nada! Nada. De mí no quedará más que podredumbre y gusanos. [...] Y lo peor es que no podía resignarme. Me asemejaba a un hombre perdido en el bosque, sobrecogido de terror porque se ha extraviado y que corre por todos los lados sin poder detenerse, aun a sabiendas de que a cada paso se extravía más...»

4. LA VIDA NUEVA DE UN CONVERSO

Habiéndose calmado esas angustias de muerte, León Tolstoi se pone a buscar, desde lo más profundo del abismo, nuevos cauces para sus deseos de vivir y de encontrar por fin el sentido de la existencia.

4.1. El sentido de la vida

Sin salirnos de *Mi confesión*, él se pregunta: «¿Por qué tanta gente puede vivir sin conocer el verdadero sentido de su vida?». Y responde indicando que tal vez no han acertado a buscarlo donde realmente se halla.

Unos se equivocan al conformarse con ignorarlo; otros lo buscan en el placer o en el poder o en la fuerza física; o se contentan con seguir encerrados en su pequeño círculo de seguridad y de sumisión. Y es interesante ver cómo Tolstoi se detiene en este último caso, porque piensa que es precisamente lo que ocurre en la mayoría de los campesinos rusos, a los que desde ahora tendrá siempre presentes en todas sus re-

flexiones. Pues ya ha descubierto en ellos que, dentro de su penoso conformismo, no deja de estimularlos la fe religiosa en un Dios que salva y da sentido al sufrimiento:

«Descubrí entonces que la fe del pueblo es una especie de conocimiento que les permite vivir en paz.»

Según él, no es precisamente la idea del Dios de los teólogos la que les salva, sino esa misteriosa realidad de Vida infinita de la que se sienten agraciados «porque no hay vida sin Dios» (cap. XII).

Desde esta convicción se pone a estudiar lo que debe ocurrir en otras religiones, también muy extendidas popu-

larmente, y concluye que, en esas otras inmensas masas humanas de humillados y ofendidos, también es la fe en el Dios de la Vida la que los salva. Así lo vive el propio Tolstoi, en los frecuentes encuentros con sus propios campesinos, al acompañarles en largas horas de oración y en otras prácticas religiosas ortodoxas, sintiéndose él mismo en una reconfortante comunión con millones de gentes del pueblo.

Reconoce, por otra parte y cada vez con mayor claridad, que es precisamente el orgullo y el afán de riquezas de tantos hombres poderosos e ilustrados lo que les aparta del sentido hondo de la existencia, como ha sido también su caso. Y por ello como desde entonces no dejará nunca de repetir que éstas son exactamente las ideas que Jesús propone con claridad en su Evangelio.²

Además, Tolstoi, en estado de rebeldía permanente contra los abusos de los poderes públicos, se indigna, en su condición de nuevo converso, ante la forma que tiene la Iglesia Ortodoxa de entender y explicar la fe cristiana, denunciando su rigor dogmático y su adhesión oficial al régimen político dominante. Posturas que son para él del todo anti-evangélicas (cap. XIV-XVI).

4.2. «Resurrección religiosa»

Ahora bien, todos estos nuevos sentimientos religiosos, y otros semejantes, que mantendrá Tolstoi hasta el final de su vida, resultan muchas veces racionalmente imprecisos y rozarán a veces la heterodoxia. Por esto, el Sínodo Ortodoxo ruso no tardará en amonestarle y acabará por imponerle la excomunión

en 1901. El desencadenante de esta grave sanción será, curiosamente, una de sus últimas grandes novelas, *Resurrección* (1899), en la que intenta expresar parabólicamente su propio regreso a la fe cristiana. Se trata, en efecto, del relato de la conversión de un supuesto príncipe ruso, que había sido gran pecador, y que ahora le toca juzgar en el alto tribunal a una chica de la que él abusó y abandonó hace diez años. El tribunal ahora la acusa injustamente de asesinato y la condena a cadena perpetua en Siberia. El príncipe que no ha podido hacer nada para absolverla, está ahora profundamente conmovido y arrepentido. Para conseguir su perdón, él mismo la seguirá al penal, hasta que por fin ella le perdona por amor. Por su parte él, como penitencia por sus desórdenes, renunciará a todos sus bienes y a su familia, para vivir una vida de anacoreta, meditando largamente el Evangelio.

4.3. «Resurrección política»

Adviértase que esta novela no describe sólo una «resurrección religiosa», sino también una «resurrección política»; una transformación radical de este aristócrata en su manera de comprender a las víctimas del poder político, pues al visitar el penal siberiano, él ha podido tratar con algunos de los obreros revolucionarios, castigados ahora, a quienes el príncipe llega a respetar y admirar por su decisión de sacrificarse por la causa contra la injusticia. Se captan además en esta novela una serie de claras denuncias sociales y políticas, contra la corrupción de los tribunales de justicia, contra los abusos de la clase alta sobre

sus servidores, o contra la inaceptable crueldad de los castigos penales, y contra la pena de muerte sin apelación, etc. Todo lo cual para Tolstoi está directamente relacionado con su auténtica conversión al Evangelio de Jesús, que exige en nombre de Dios, la renuncia a la violencia, propone el amor mutuo, el perdón y la misericordia.

4.4. *El Reino de Dios está entre vosotros*

Todo ello vuelve a estar presente en otro ensayo, publicado por Tolstoi en 1893, con el título *El Reino de Dios está entre vosotros*, donde vuelve a insistir en el precepto evangélico de no devolver nunca mal por mal, sino resistirse siempre a dañar al prójimo, aun al enemigo,

puesto que el mandamiento prioritario es el de amarse siempre como hermanos, hijos del mismo Padre.

Pues bien, para conseguirlo, tal como el mismo Tolstoi está esforzándose en su propia existencia todavía desordenada, hay que liberarse sobre todo de esa injusta prepotencia que todavía mantienen los amos sobre sus siervos. Por ello, al final de este famoso libro, insiste el autor en que hay que luchar contra el orgullo e irse desprendiendo de todos los bienes superfluos, además de evitar siempre la mentira. Y para dominar estas pasiones, aconseja además el ayuno y la sobriedad en todo, así como el trabajo en el campo con los campesinos. Sólo así este Reino de Dios, que ya ha llegado, logrará establecerse en este mundo perverso.

5. UN OFICIAL DEL ZAR QUE REPUDIA LA GUERRA

El conde León Tolstoi, en efecto, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor Nicolás, que era capitán de los húsares, se alistó voluntario al ejército del zar, a los 23 años, y tuvo que luchar en la campaña de Crimea, de la que salió con el grado de teniente. Pero, fueron tan horribles las experiencias de muerte que vivió en la contienda, que abandonó para siempre la milicia, en contra de una tradición de ilustres militares en la familia, entre los que un Tolstoi llegó a ser general en las guerras contra Napoleón.

Este rechazo de Tolstoi fue tan profundo que, desde aquel momento, no dejará nunca de expresarlo en privado y en público, sobre todo en sus escritos.

5.1. Un ensayo sobre la guerra

Muy poco después de aquellas terribles experiencias, publicará los tres volúmenes de *Sebastopol* (1854-1855) sobre la sangrienta defensa de Crimea. Y ya instalado pacíficamente en Yásnaya Poliana, se entregará a redactar la monumental obra *Guerra y Paz*, dedicada precisamente a las campañas napoleó-

nicas en Rusia. Recuérdese que a lo largo de este relato, el autor interviene personalmente en el texto, con una cierta frecuencia –incisos que molestan a algunos lectores ingenuos– para expresar su opinión sobre los hechos narrados. Tolstoi no quería que se considerase esta su obra maestra como una novela más sobre la guerra; más bien la concebía como un «ensayo épico», con hechos y personajes históricos y ficticios, acompañados siempre por las reflexiones políticas y morales del autor. Además, fiel a su creciente preocupación por el pueblo, este novelista filósofo no aceptaba

que los personajes de tan extensas campañas militares, los generales o los políticos (ni siquiera Napoleón, Alejandro I o Kutúzov) fueran de hecho tenidos como los principales protagonistas de estas gestas, sino que lo fueron, antes que nadie, las grandes masa de aldeanos y soldados, ya que fueron ellos los que más personalmente participaron en las acciones y más directamente padecieron los desastres de tanta guerra. Sobre todo aquella masa inmensa de campesinos rusos a quienes se les había obligado a convertirse en carne de cañón. Seres anónimos, ciertamente para la historia, pero que sin duda fueron, junto con sus familias, los verdaderos héroes de todas aquellas gestas.

5.2. Proximidad con los que sufren

Tolstoi así lo entiende y, desde su insoportable afán pedagógico, desea hacerlo entender a sus lectores. Y todavía resulta más admirable que, este rebelde anti-belicista, acierte a comunicar sus ideas de manera serena, benévola y compasiva. Sin proclamas ideológicas, sino tratando con respeto a todos sus personajes que sufren, a los milicianos campesinos, tanto como a los soldados de uno y otro bando, a la tropa y a sus oficiales que también sufren, a las gentes más pobres de las aldeas, tanto como a las familias de clase alta..., todos ellos, a su manera, víctimas del negro ogro de la guerra.

Un ejemplo admirable de esa proximidad de los seres humanos en la desgracia, por encima de sus condiciones

sociales, nos lo ofrecen, por ejemplo, las conversaciones que mantienen, en una prisión de guerra francesa, el campesino miliciano Platón con el intelectual rebelde Pierre Bezukov.³ Al tratarse, más en general, de tantos personajes siempre expuestos a la muerte, Tolstoi hace brotar en ellos unos hondos sentimientos muy humanos, pero también religiosos, que nunca había olvidado en aquella fase intermedia de su vida. Véase, por ejemplo, lo que piensa el príncipe Andrés, herido de muerte en el campo de batalla:

«...el amor oculta la muerte [porque] el amor es Dios y morir significa que yo soy un átomo de este amor, que vuelve al general y eterno manantial.»⁴

5.3. La guerra innecesaria

Ahora bien, al estar trabajando nuestro autor tan asiduamente sobre la guerra, no podía dejar de preguntarse por las causas de un crimen tan horrendo y universal. Por ello dedicará a esta tan grave cuestión muchas de sus intervenciones en esta novela *Guerra y Paz*, incluido todo el epílogo de más de 80 páginas. Y ante la imposibilidad de responder a una pregunta tan trascendental, seguirá cuestionándose por qué algunos escritores llegan a entender la guerra como necesaria y por lo tanto justa. Desde esta perplejidad, reprocha Tolstoi a los autores de novelas bélicas que ni siquiera se lo hayan cuestionado, y rechaza además a los historiadores modernos, que admiten la necesidad de la guerra, siguiendo el principio darwi-

niano de la fatalidad que pesa sobre la especie humana de tener que eliminar al adversario para sobrevivir.

Años más tarde y ya después de su conversión, impugnará Tolstoi esa «fatalidad de la guerra», atribuyéndola no al instinto sino al orgullo, como causa libre y principal de este crimen. Pues el orgullo es la más horrenda de las pasiones humanas, que al ser libremente consentida, genera las pasiones no menos mortíferas de la envidia y el odio para reforzar su satánica fuerza destructiva, tal como explica el mito bíblico del crimen de Caín contra Abel.

5.4. El control de las pasiones

Así, hacia el final de su vida, habiendo consolidado su rechazo a toda violencia (física, moral o estructural) iniciará Tolstoi un proceso personal, y una campaña pública, de palabra y por escrito,

predicando el control sobre las pasiones, que son la causa de todo mal moral. Él mismo propone e intenta practicar la privación de estímulos nocivos, exigiéndose la mayor austeridad posible. Inspirado ya, como estaba, en el Evangelio de Jesús, que nos desvela que la paz entre los mortales sólo se alcanza venciendo al yo prepotente, por el olvido de sí (la humildad) y la práctica habitual de la misericordia y el amor fraterno, aun hacia el enemigo.⁵

Entre los seguidores de este rebelde pacifista que fue Tolstoi, recordemos a Gandhi, todavía joven abogado en África del Sur, que leía sus escritos y escribió varias veces al autor, manifestándole una plena adhesión a su programa, que él más adelante y ya en la India, frente al Imperio británico, irá desarrollando a su manera (*Ahimsa*) más fiel a la tradición hindú de purificación y auto-sacrificio.

6. UN SOCIALISTA UTÓPICO Y POPULISTA

León Tolstoi propiamente no fue un político, sino un hombre muy comprometido con la sociedad de su tiempo; un reformador y un pensador moral especialmente interesado en la idea de justicia en todas sus manifestaciones.

Fue además un activista y un magnífico propagandista, gracias a su admirable dominio de la palabra escrita. Este interés por lo político, en el sentido más noble y genérico de la palabra, le llevó a informarse con cuidado sobre los principales sistemas políticos y económicos que prevalecían en su época, en Rusia y en el resto de Europa. Tenía también frecuentes conversaciones con socialistas que regresaban de Europa, algunos de ellos contratados por él como preceptores de sus hijos. Su intención dominante en toda esta imponente actividad personal era la de poder hallar los medios y los remedios más aptos para reformar el régimen de monarquía absoluta que dominaba entonces en Rusia.

6.1. Un socialismo del amor

El pensamiento socialista occidental fue sin duda el que más le interesó, gracias sobre todo a las enseñanzas que se difundían en Rusia por algunos escritores en el exilio, como Bielinski o Herzen. Si bien Tolstoi nunca aceptará del todo el socialismo “científico”, propugnado por Marx y Engels, por su carácter materialista y en exceso revolucionario, sin excluir la violencia física en la lucha de clases. Esto último es lo que más le molestaba de Marx, que siempre incitaba al odio y a la voluntad de poder y que, en cambio, nunca se hallaba en sus escritos la palabra amor fraterno, sino sólo un vago amor a la libertad o a la

ilusoria esperanza de una sociedad sin clases.

«Lo que siempre me ha sorprendido en los escritos de Marx es que no se halla en ellos ninguna idea de amor; todo es odio, ambición y voluntad de poder [...] todas estas bajas pasiones se enmascaran bajo el pretexto de un amor al pueblo abstracto e imposible.» (*Diario*, 13 febrero 1907)

Aunque, no por ello dejará de aceptar algunos elementos importantes de la doctrina marxista, como la necesaria recuperación del valor Trabajo sobre el engañoso valor Dinero.⁶ Bien conocemos la permanente lucha que Tolstoi mantendrá contra los abusos de los latifundistas (y de toda propiedad privada a gran escala) que pesaba dolorosamente sobre tantos millones de campesinos rusos. También serán muy claramente socialistas y revolucionarios algunos de sus libros escritos hacia el fin de su vida, como *La esclavitud de nuestro tiempo* (1900) o *A la clase trabajadora* (1902). Y es curioso comprobar que entre las obras inacabadas que se hallaron después de su muerte, hay una, de carácter crítico, titulada *Sobre el socialismo* (1910), publicada póstumamente.

6.2. Un socialismo místico

Creo, pues, que el pensamiento político de Tolstoi, a pesar de sus grandes reservas, fue básicamente socialista, si bien más del tipo «socialismo utópico», siguiendo muy parcialmente la corriente histórica de Saint-Simon, Fourier, Owen, y otros; como por ejemplo, cuando coincide con la teoría de reagrupar el

pueblo en pequeñas sociedades de trabajadores (las comunas) y en cooperativas laborales, en las que se preservaba la dignidad y libertad de los individuos. Tolstoi, en efecto, lo propondrá para los trabajadores rusos del campo (como ampliamente consta en su ensayo *El fin del siglo*); si bien era un programa que también proponían los movimientos “populistas”, con los que él se encontraba más en sintonía.

Otra de las manifestaciones del espíritu socialista anti-capitalista de Tolstoi son los duros juicios morales que formulaba contra el sistema burgués y liberal de Occidente. Las dos únicas veces que él había viajado por Europa, por Francia, Inglaterra y Suiza, volvió muy desengañado por el estado de aquellas sociedades y de sus sistemas democráticos.

«La situación real de aquellos pueblos que presumen de autogobernarse (democracia) no son más que el resultado de complicadas luchas e intrigas entre partidos por la lucha de poder, junto con la inagotable sed de poder de algunos individuos muy ricos...»

«El régimen de sufragio universal contagia el ansia de poder al multiplicar los centros y los individuos que lo detentan.»

También decía escandalizarse por el régimen de vida que llevan en Europa tantos burgueses ricos, que malgastan el capital en carísimas obras de arte y en fiestas exhibitorias del lujo. El gran rechazo que Tolstoi mostraba al final de su vida contra el arte y la poesía (la de Shakespeare, por ejemplo) fue debido al hecho de que para los burgueses el arte

se había convertido en una mercancía. Su disgusto por Shakespeare se debió además por el exceso de juegos lingüísticos del genio inglés.

Pero, además de todas estas convergencias y disidencias, el socialismo profundo de Tolstoi tenía una raíz religiosa trascendente, más que utópica, evangélica, al creer firmemente en la fraternidad humana que Dios promete. Por ello llegó a anotar en su diario que:

«Este socialismo es una mínima aplicación del cristianismo, al cual [el marxismo] es infiel por su grave falta de moral.» (31 de julio de 1905)

Si aplicamos al caso Tolstoi la lúcida distinción de Albert Camus entre revolución y rebeldía,⁷ sin duda nuestro hombre no habría sido un revolucionario ansioso de poder, sino un auténtico «hombre en rebelión», de manera constante y hasta heroica. Disidente, pues, del socialismo occidental revolucionario, como también lo había sido del anarquismo nihilista ruso, este viejo rebelde se acercará ahora a un nuevo movimiento ruso reformista, el populismo.

6.3. El «populismo» ruso

En efecto, hacia mediados del siglo XIX surgieron en Rusia una serie de movimientos de base, poco organizados, en defensa de tantos compatriotas en situación de pobreza extrema o de marginación legal. En su origen estaban inspirados en los escritos de tipo socialista-humanista, que enviaba Alexander Herzen desde el exilio, y estaban formados por no pocos intelectuales revolucionarios, nobles arrepentidos y mon-

jes o cristianos disidentes, todos muy sensibles ante tanta desgracia. Reinaba, además, en todos ellos un gran respeto por la cultura popular y los valores tradicionales eslavos y, por consiguiente, un gran cuidado también por conservar la religión del pueblo.

Pronto asumió el liderazgo de estos movimientos el pensador Nicolai Chernichevski, que se hizo famoso por su libro *¿Qué podemos hacer?*, donde señalaba de forma concreta algunas líneas para reaccionar a corto plazo ante tanta miseria social. Hombre sencillo y honesto, era también un buen organizador; predicaba una reforma no sólo social sino también moral, a base del propio sacrificio y de una creciente solidaridad pacífica. Obviamente, este populismo no podía convertirse, entonces en la Rusia zarista, en un partido político, ni hoy para nosotros tampoco equivaldría a lo que entendemos, despectivamente, cuando tildamos a un político de “populista”, es decir de demagogo y muy de derechas.

Pues bien, la rápida propagación en tiempos de Tolstoi de estos grupos recogía una vez más el profundo malestar y la indignación que mucha gente vivía, así como la urgente necesidad que sentía de reaccionar contra aquella triste situación. Esto explica también por qué el propio Tolstoi fue en seguida muy favorable a este movimiento, que además se interesaba por la educación de los campesinos, y hacía converger una intensa preocupación social con una creencia cristiana, que en algunos casos tomaba visos apocalípticos. Tolstoi, sin llegar a estos extremos, creía y repetía en público, como ya he señalado, que sólo venciendo el orgullo y las pasiones podría

surgir un orden humano universal más sano y más justo. Pues bien, esto fue lo que los marxistas rusos reprocharían a los populistas, y el propio Lenin llegó a censurar a su admirado Tolstoi, por esas sus esperanzas tan intangibles y por esas propuestas de revolución pacífica que resultaba demasiado lenta.

Posiblemente el mismo Tolstoi, a su manera, se diera cuenta de ello y de ahí

surgieron las discrepancias con Chernichevski y su alejamiento del populismo, por resultarle excesivamente conservador y poco audaz en la lucha contra el Estado político. Y resulta del todo comprensible este rechazo en el fogoso señor de Yásnaya Poliana; ruptura que, pese a todo, reforzará en él la certeza de haber recibido una nueva misión trascendente, la misión de profeta.

7. TOLSTOI, EL PROFETA

Aunque no usaré aquí este término en el sentido bíblico canónico con que se distingue a unos personajes muy singulares, inspirados por Dios para proclamar sus promesas y denuncias, pienso que en sentido figurado el término profeta puede muy bien aplicársele a León Tolstoi, como ya lo han hecho otros estudiosos.⁸

7.1. Inspirado por el evangelio

Él en efecto fue el gran vidente que, en la perversa realidad social en la que vivía, supo expresar con valentía un lúcido veredicto, tanto en sus graves denuncias como en sus promesas esperanzadas. Todo ello, además, muy seriamente inspirado por el Evangelio de Jesús.

Ya desde joven aparecía en él un carácter inquieto y rebelde contra todo lo que se oponía a su voluntad de conocer personalmente el verdadero sentido de la vida, no tanto en teoría sino en las sucesivas experiencias que iba haciendo

libremente; que le llevaron primero a rechazar la universidad oficial y luego la milicia al servicio de la guerra. Poco a poco, pero siempre con gran empeño, fue descubriendo también la horrible situación en que vivían la mayoría de sus compatriotas, tanto en los suburbios de Moscú —que él recorrió, conmovido, con motivo de un censo—, como en los inmensos campos de cultivo, y en sus propias fincas, donde presencié los intolerables sufrimientos de millones de campesinos. Pero fue principalmente desde su profunda crisis y subsiguiente conversión religiosa, a los 50 años, que

estas mismas experiencias provocaron en él una drástica reacción de protesta y de búsqueda, ansiosa de soluciones más trascendentes. Las cuales irá encontrando parcialmente en los principales movimientos revolucionarios de fuera de Rusia, que él también prueba experimentalmente en su propia vida y en sus escritos, descubriendo sus ventajas y sus contradicciones.

7.2. Anarquista decidido, socialista entusiasta... profeta evangélico

Así, vamos viendo en este nuevo Tolstoi, viejo ya pero todavía vigoroso, al anarquista decidido contra el Estado y sus represiones, sin quebrantar, sin embargo, la pureza de su convicción de no resistir nunca con violencia a las duras violencias del Poder. Y también nos encontramos con el socialista entusiasta, cuya doctrina rechaza en parte, estando sin embargo muy entusiasmado por la esperanza de una sociedad nueva. Finalmente, Tolstoi fue también defensor de las reformas populares que co-

menzaban a tolerarse en Rusia, especialmente la de los populistas, aunque no tolerará luego la tibieza de su espíritu revolucionario.

Pues bien, todas estas adhesiones y contradicciones, a veces muy penosas que va viviendo este aristócrata rebelde e infiel a su monarca, a costa también de la paz doméstica, serán todavía muy potenciadas en su espíritu por aquella su radical conversión al Evangelio de Jesús, que añadía a sus luchas y esperanzas un horizonte absoluto y volvía mucho más dramáticas sus resistencias personales, así como las tensiones familiares y las oposiciones públicas (con la policía, por ejemplo, o con la Iglesia Ortodoxa). Con el agravante añadido, no menos dramático, de que ahora él no podía callarse y debía seguir expresando su mensaje contra viento y marea.

Creo, pues, que es del todo justifico otorgar el título de profeta a ese espíritu gigante que fue León Tolstoi, un gran profeta evangélico, además de moral y político.

8. UN PROFETISMO MORAL, POLÍTICO Y EVANGÉLICO

Téngase en cuenta que esta firme vocación profética de Tolstoi no dejó nunca de ofrecer un muy notable aspecto social y hasta político. Ya hemos estado constatando la permanente denuncia que Tolstoi mantuvo, aun en sus primeras obras más literarias, contra los abusos del régimen absolutista ruso.

8.1. Un Reino subversivo

Son incontables sus invectivas contra lo que hoy entendemos por «la violencia estructural», así como contra la represión de la libertad y la crueldad de los castigos penales. Estas denuncias iban siempre preñadas de un serio contenido moral, en defensa de la justicia y en especial de la caridad a favor de la gente más desposeída y marginada, de la ciudad y del campo. Ahora bien, la vigorosa voz de Tolstoi, que se atrevía a denunciar a unos sólidos poderes establecidos, y que para algunos debía sonar muchas veces como la del «profeta que clama en el desierto», no dejaba de ser acogida de hecho por muchos oyentes y lectores, especialmente consolados

por aquellas protestas, que ellos mismos no sabían o no podían expresar, como consta, por ejemplo en algunas de las muchas cartas que él iba recibiendo diariamente en la última etapa de su vida.

Es muy considerable también el efecto que producían estas proclamas en una sociedad que comenzaba a sentirse mucho más indignada frente a tantas injusticias; efecto que era reforzado por el ejemplo personal que el propio Tolstoi daba, cuando él mismo se reconocía pecador y procuraba aplicarse la corrección moral que luego predicaba. Así por ejemplo, al proponer sus «cinco mandamientos del revolucionario», estaba él mismo expresando sus propios esfuerzos para conseguirlo. Preceptos, por

lo demás, muy prácticos, tales como no irritarse, no cometer adulterio, no jurar en falso, no resistirse al mal con violencia y sobre todo amar a los demás como a uno mismo. Como los más antiguos profetas, también Tolstoi predicaba una radical conversión moral, y con frecuencia exclamaba «¡Haced penitencia!». Además y como efecto de esta su total recuperación religiosa, ya no se contentaba este profeta con ofrecer motivaciones éticas simplemente humanas, sino que apelaba siempre a la confianza en el poder de Dios, que para él también era, el Dios del amor y la misericordia, según la doctrina de Jesús, que Tolstoi había descubierto en los Evangelios.

«Yo creo en Dios, que es Espíritu del Amor, y el principio de todo. [...] Yo creo que el sentido de la vida para cada uno de nosotros es solamente el de crecer en este amor a Él [...] lo cual nos valdrá en esta vida una dicha que crecerá cada día, y en el otro mundo, una felicidad más perfecta...»⁹

Curiosamente, esta convicción la había también recibido nuestro profeta, en el asiduo trato con los campesinos («ellos me devolvieron las bases de mi fe», dice en *Mi confesión*, cap. XIII). Estaba, en efecto, convencido, de que esta fe era también la que estaba dando fuerzas a los pobres de este mundo para seguir adelante. De ahí que uno de los dichos evangélicos que Tolstoi más repetía era «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». Así concluye, por ejemplo, su obra *El reino de Dios está entre vosotros*.

8.2. Adhesión a Jesús

En otro de sus ensayos, *La religión y la moral* (1893) Tolstoi reconocía, a este propósito, que «una moral laica, desvinculada de la religión, no puede subsistir». Ahora bien, el bagaje teológico de nuestro profeta no era ni muy amplio ni muy ortodoxo, en cuanto que no sintonizaba siempre con los dogmas y preceptos del Sínodo ruso, que él consideraba impositivo en exceso. Su reconocido temperamento, muy independiente y rebelde, puede acaso hacer más comprensiva esta heterodoxia; pero de lo que no puede dudarse es de la extraordinaria adhesión que Tolstoi sentía por la figura del Cristo histórico y celestial a la vez, que iba a venir de nuevo al final de la historia, como garantía de los creyentes, tanto para hoy como para después de la muerte. La constante referencia en sus libros a la doctrina de Jesús en el Evangelio, y en particular al de san Juan y al «sermón del monte», según san Mateo, permiten calificar sin más a este profeta también como “evangélico”. Los temas del Evangelio más veces citados por él son el de no devolver nunca mal por mal, y el de amar a los demás como a sí mismo, más aún, dándoles más de lo que nos piden, etc.

Otro rasgo que distingue también el profetismo de Tolstoi es el de no aparecer casi nunca como mensajero de terribles calamidades, ni como adivino de paraísos imaginarios. Ante una situación social moralmente corrompida, él no confiaba sólo en las fuerzas del ser humano, y menos aún en las de los revolucionarios socialistas, porque presentía que su revolución iba a ser muy brutal, para no conseguir más que im-

plantar una nueva prepotencia en lugar de la que ya estaban padeciendo, y «extinguendo además los últimos residuos de libertad».¹⁰

El pacifista Tolstoi, en cambio, no se sentía movido por ninguna voluntad de poder, y ahora menos que nunca. Experimentaba de algún modo que le movía una Fuerza superior, «como enviado de Dios» (*Diario*, 11 agosto 1893) a quien él ahora deseaba servir «no como un particular sino como su embajador» (*Diario*, 12 julio 1900).¹¹ Por ello, sus propuestas sonaban ahora como más trascendentes. Y creo que no se puede dudar de que, desde su plena confianza en el reino de Dios, Tolstoi en sus últimos años no estuviera convencido de la llegada de una nueva época de felicidad para todos.

«Pienso que precisamente ahora está comenzando aquella gran revolución que se estaba preparando desde hace dos mil años.»

«Nos hallamos en el umbral de una vida nueva [...] Para alcanzarla sólo hay que liberarse de la superstición de que es necesaria la violencia, y aceptar en cambio el eterno principio del amor.»

(*El fin de siglo*, 1905)¹²

8.3. Una figura siempre presente

Para terminar, creo que cabe todavía preguntarse sobre la acogida que este gran maestro moral tuvo, en su propia patria y fuera de ella, y cómo podría Tolstoi ser hoy más conocido como profeta para nuestro mundo. Hay que reconocer, en primer lugar, que hubo y sigue

habiendo críticos que consideran sus propuestas como idealistas en exceso y políticamente poco “científicas” y efímeras. También algunos conservadores criticaban sin piedad al conde Tolstoi, por el escándalo de su anarquismo y heterodoxia. Pero, no por ello dejó Tolstoi de tener muchos admiradores y seguidores. Aun entre los revolucionarios marxistas, no le faltaron alabanzas por su oposición radical al régimen absolutista y a la propiedad privada, y el propio Lenin llegó a calificarlo de «patriarca de la Revolución».

Pero, al margen de esos revolucionarios, hubo multitud de otras personas que se sentían especialmente atraídas por su ejemplo y magisterio. Y a pesar de que muchos de los escritos de Tolstoi habían sido prohibidos en Rusia, por el Estado y por la Iglesia, no dejaron de publicarse clandestinamente y de traducirse al francés y al inglés en el extranjero, y eran devorados por públicos cada vez más amplios. De hecho, desde 1890 fueron muchos miles los peregrinos que visitaron a ese patriarca en Yásnaya Poliana y se organizaron en grupos por todo el país, para vivir lo que el maestro predicaba, sobre todo el pacifismo, la objeción de conciencia, el rechazo a los latifundios y la solidaridad cristiana. Así resultaba que en este creciente y muy plural movimiento del “tolstoísmo” se incorporaban intelectuales jóvenes perseguidos, monjes disidentes, algunos nobles convertidos y maestros o periodistas movidos por el gran deseo de cambiar la situación. Son también muy copiosas las cartas que a Tolstoi le enviaban desde el extranjero (doce grandes volúmenes en las *Obras*

Completas, en ruso, de 1925). Muchas de ellas provenían de intelectuales no sólo de Gran Bretaña, Francia y Suiza, sino también de Estados Unidos y Canadá, en donde se habían creado grupos de seguidores, y también se publicaron por lo menos dos revistas: *The Free Word* (Londres) y *La Libre Pensée* (Ginebra).¹³

Es bueno también recordar entre sus discípulos literarios rusos más ilustres, al sutil y humanísimo dramaturgo Anton Chéjov. Y por decir algo de los escritores españoles, citemos entre los admiradores contemporáneos de Tolstoi a E. Pardo Bazán, B. Pérez Galdós, Clarín, Unamuno, Narcís Oller y Joan Maragall. Por último, no hay que olvidar que el estallido de la primera Guerra Mundial en 1914, y la Revolución bolchevique de 1917 borraron súbitamente en toda Europa y por unos cuantos años

el recuerdo de Tolstoi, que sin embargo volverá a recuperarse tímidamente en 1928, al cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

No han faltado pensadores, como Stefan Zweig, que vieron en León Tolstoi a uno más de los grandes idealistas históricos que al final fracasaron, como Don Quijote. Pero cabe preguntarse ¿fracasó realmente Don Quijote? Es cierto que fue muchas veces derrotado, pero nunca le arrancaron la voluntad de seguir luchando por un mundo mejor, y por ello su figura está siempre presente como un estimulante símbolo moral. Así pienso yo que habría que entender el destino de León Tolstoi, imperfecto y contradictorio si se quiere, pero indomable en su firme voluntad de anunciar y preparar una sociedad mejor para todos.

DOS TEXTOS SIGNIFICATIVOS DE LEÓN TOLSTOI

Comprendamos solamente que no es la realización de un programa democrático de anarquistas, socialistas, pacifistas o cualquiera otros, ni de las formulaciones religiosas actuales, lo que podrá liberarnos de nuestros males; porque sólo nos liberará el conocer la verdadera religión en su integridad: aquella verdad presente desde los orígenes hasta hoy, que reside en todo corazón humano, y que ha sido revelada de manera clara, sencilla y convincente en todas las doctrinas más auténticas sobre la vida y de un modo muy claro y cercano a nosotros en las enseñanzas de Cristo. Comprendamos y reconozcamos sólo esta verdad: la verdad según la cual nuestra vida consiste sólo en la manifestación de un amor creciente, un amor incompatible con la violencia. Comprendamos solamente que es en este crecimiento del amor, en cada persona y en toda la humanidad, donde reside la felicidad para todos y para cada uno.

Comprendamos sólo que esto es así tanto en la forma de vivir de cada uno como en la de sus relaciones con los demás, Y comprendamos sobre todo que este principio tiene que orientar la educación de las futuras generaciones: que cada persona entienda que no sólo no tiene derecho pero ni siquiera la posibilidad de organizar la vida de los demás; pues es tarea propia de cada persona planificar y responsabilizarse de su propia vida, desarrollando en sí mismo el espíritu de hijo de Dios, y aumentando sobre todo aquello que más le caracteriza, que es el amor. Con lo cual no estoy diciendo que todos los errores de nuestra vida serán de golpe remplazados por la felicidad que el corazón ansía; ya que, mientras perdure el ser humano y la humanidad, este ideal no se quedará en simple sueño, sino que también será eliminada la fuerte y dolorosa tensión entre las aspiraciones del alma y la brutal vida actual, tan mala y empeorando siempre.

Diario personal, 19 febrero de 1908

Sólo nos es dada una forma de felicidad del todo inalienable, la del amor. Basta con amar y todo es alegría: el cielo, los árboles, uno mismo... Y sin embargo, la gente busca la felicidad en todas partes menos en el amor. Y es precisamente esta forma errónea de búsqueda de felicidad en la riqueza, en el poder, en la fama o en un amor excluyente, la que no sólo no nos da felicidad sino que nos la quita del todo.

Diario personal, 21 junio de 1910,
año de la muerte de Tolstoi

1. Romain ROLLAND, *Vida de León Tolstoi* (1911), traducción castellana, Madrid, Ediciones La Nave, 1935, págs. 115-116. El mismo autor indica «Yo resumo aquí varias páginas de *Mi confesión*, conservando las expresiones de Tolstoi».
2. Véase los capítulos VI-IX de *Mi confesión*.
3. *Guerra y Paz*, Libro XIII, cap. XI.
4. *Ibid.*, Libro XII, cap. XVI.
5. Véase, por ejemplo, el ensayo de Tolstoi *Sobre el Poder y la Bondad* (1888).
6. Véase sobre ello el ensayo tolstoyano *Dinero y trabajo*, 1886. También para Tolstoi, como para Marx, el dinero había dejado de ser un medio para convertirse en un fin o, en un valor supremo, a costa del valor trabajo y del trabajador, cuyo mérito y dignidad eran sometidos a los poderes del lujo, la banca y la bolsa.
7. Tema muy bien desarrollado en el ensayo *El hombre en rebelión*, de 1951.
8. Éste es el título del interesante estudio *Tolstoi, il profeta. Invito alla lettura degli scritti filosofico-religiosi*, Verona, edit. Gabrielli, 2000.
9. *Mi credo* (1901), citado por R. ROLLAND, op. cit., pág.128.
10. Véase *El fin del siglo*, 1905 y *Sobre el Socialismo*, 1910.
11. Son citas tomadas del libro *Tolstoi, il profeta*. Op. cit., pág. 63.
12. *Ibid.*, última página.
13. Para ampliar todo lo referente a la influencia de Tolstoi, resulta imprescindible hoy la reciente obra, muy documentada de Rosamund BARLETT, *Tolstoy. A Russian Life*, London 2010.

CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

El temperamento de Tolstoi, desde muy joven, pero sobre todo a partir de su crisis personal, fue la de un hombre rebelde ante las injusticias sociales que oprimían a los pobres, siervos y trabajadores rusos. No dejaba nunca de preguntarse: «¿Qué debemos hacer?», porque el quería de todo corazón cambiar aquella injusta situación política. Sus respuestas más frecuentes, y también sus propuestas eran estas:

- Conocer mejor la realidad y las causas de estas injusticia.
- Ayudar, de manera práctica y constante, a los pobres, siervos y trabajadores.
- Organizar con urgencia la educación de niños y adultos analfabetos de sus tierras, creando también centros de salud.
- Dar limosnas a las instituciones benéficas, no a los particulares.
- Luchar contra toda forma de violencia individual, y “estructural” (leyes, ejército, policía, prisiones, pena de muerte...).
- Informarse bien sobre las propuestas de reformas sociales y políticas, de los pensadores de su tiempo y difundirlos.
- Todas estas ideas y actividades estaban siempre motivadas por su apasionada fe en el Evangelio de Jesús.

1. ¿Cuáles de estas propuestas te parece que tienen actualidad?

2. Después de leer el Cuaderno, ¿cómo podríamos definir a Tolstoi?

- ¿Un “anarquista pacifista”? ¿Un aristócrata rebelde pero defensor de la no-violencia?
- ¿Un “revolucionario, autocrítico y benevolente”, que aspiraba a cambios radicales, pero por el camino del amor fraterno y del auto-sacrificio personal, plenamente evangélico?
- ¿Un “socialista místico”, ciertamente no “científico” (como Hegel o Marx o Lenin)?, ¿un socialista más bien utópico, en el sentido evangélico del “Reino de Dios” en medio de nosotros?
- ¿Un “profeta religioso heterodoxo”, enamorado místicamente de Cristo el profeta; siempre contrario a los abusos de autoridad de la Iglesia; un gran profeta evangélico que fue excomunicado por la Ortodoxia?

3. ¿Cuáles de estas actitudes continúan teniendo hoy vigencia? ¿Cuáles nos son plenamente necesarias en la situación que vivimos?

COLECCIÓN VIRTUAL

La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web.

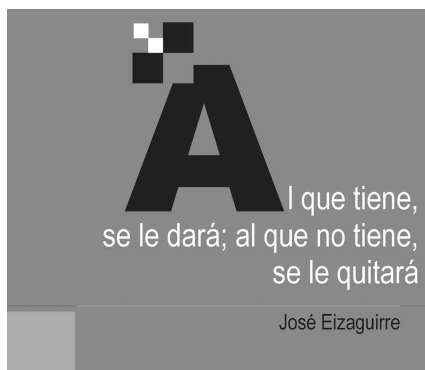
En ella encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferente no hemos editado en papel, pero pensamos que tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ.

Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos contigo.



En este cuaderno Julia López va desgranando, con gran rigor, los argumentos sobre como la Reforma Laboral del 2012 arrasa con derechos básicos de los trabajadores y trabajadoras...

4



Hay una parábola en el evangelio de Lucas que incomoda, porque habla de dinero, bancos, intereses y ganancias. Un texto que trata de un hombre noble que, antes de marchar...

3

www.cristianismeijusticia.net/es/virtual

Cristianisme i Justícia (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo cultural fe-justicia.

La colección *Cristianisme i Justícia* presenta algunas de las reflexiones de los seminarios del equipo del Centro o algunos de los trabajos de sus miembros y colaboradores.

155. D. VELASCO, La propiedad ¿Es un robo? - 156. D. VELASCO, Hacia una visión cristiana de la propiedad - 157. M. D. OLLER, Construir la convivencia - 158. J. M. GORDO, La cristología de Joseph Ratzinger - Benedicto XVI - 159. CUATRO TESTIMONIOS, Por qué volví a la fe - 160. J. GIMÉNEZ, Las preguntas que llevamos dentro - 161. J. CARRERA I CARRERA, El problema ecológico: una cuestión de justicia - 162. J. F. MÀRIA I SERRANO, El joven, el gurú y el pájaro - 163. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Miedo a Jesús - 164. S. THIÓ - M. LL. GERONÈS, ASSOCIACIÓ ÀKAN, ¿Y quién dices que soy yo? - 165. X. ALEGRE, Resistencia y esperanza cristianas en un mundo injusto - 166. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Nada con puntillas: fraternidad en cueros - 167. CÀRITAS DIOCESANA DE BARCELONA I CRISTIANISME I JUSTÍCIA, Una mirada a la pobreza - 168. P. ARROJO, Crisis global del agua - 169. D. IZUZQUIZA, Al partir el pan - 170. J. CARRERA, Cristianismo y sociedad desde la perspectiva ética - 171. G. DUCH, F. FERNÁNDEZ SUCH, La agroindustria bajo sospecha - 172. J. LAGUNA, Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad - 173. B. BASTIDA, Crisis, ¿un final por escribir? - 174. J. I. GONZÁLEZ FAUS, "Ya voy, Señor". Contemplativos en la relación - 175. J. BOTEY, Curas obreros. Compromiso de la Iglesia con el mundo obrero - 176. L. RAMÓN, Mujeres de cuidado - 177. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El naufragio de la izquierda - 178. F. J. VITORIA, Vientos de cambio - 179. J. ALONSO, El diálogo de la vida cotidiana - 180. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Unidad de Dios, pluralidad de místicas - 181. J. LAGUNA, ¡Ay de vosotros...! Distopías evangélicas - 182. V. CODINA, Hace 50 años hubo un Concilio - 183. A. BLANCH, León Tolstói, un profeta político y evangélico

Los títulos de esta colección se pueden descargar en internet:
www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns

N. 183, marzo 2013

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a:

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona

Tel: 93 317 23 38 - fax: 93 317 10 94

info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89